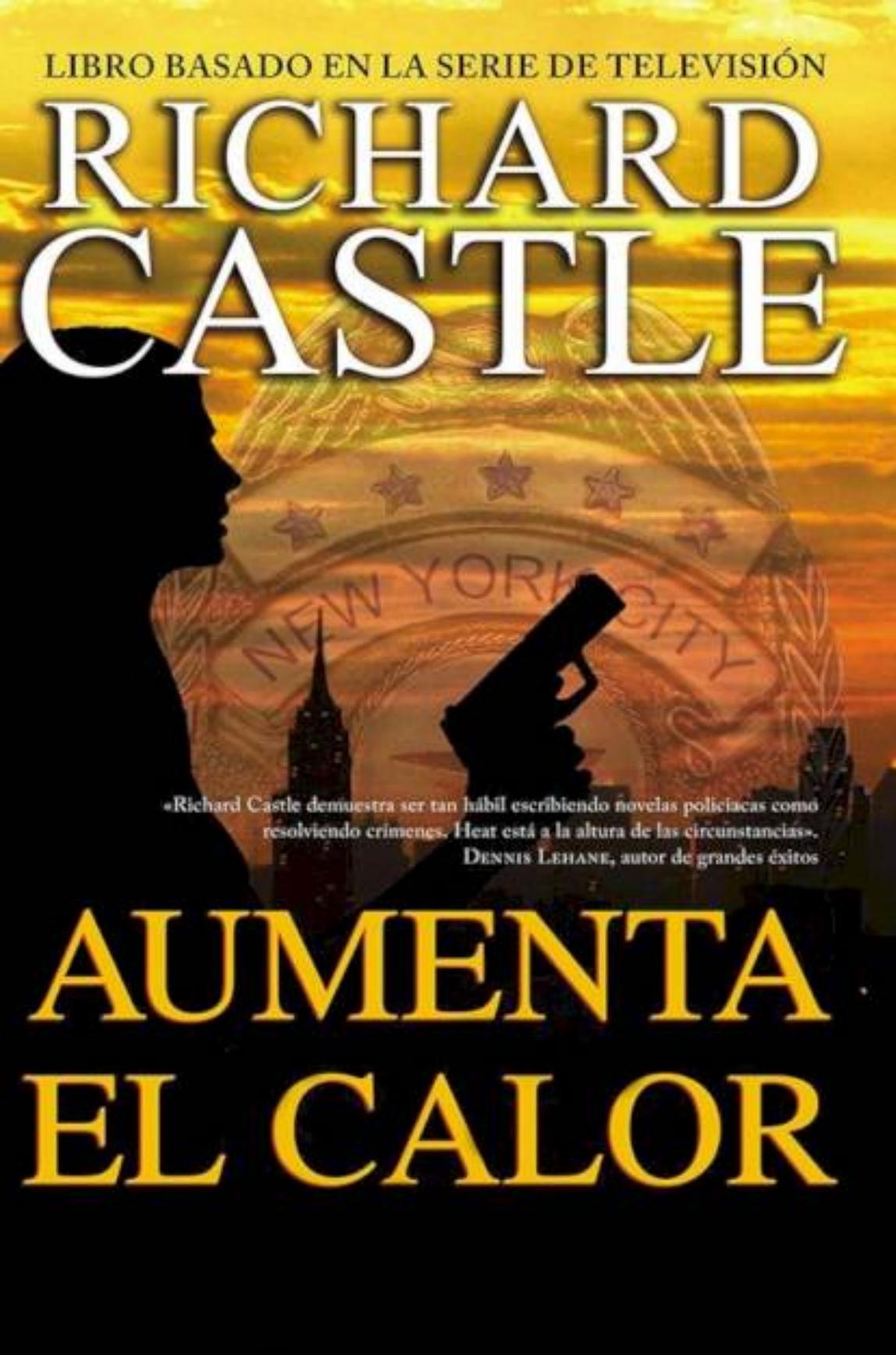


LIBRO BASADO EN LA SERIE DE TELEVISIÓN

RICHARD CASTLE

The background of the cover features a golden sunset sky. In the center is the official seal of New York City, which includes the words 'NEW YORK CITY' and several stars. Overlaid on the seal is a black silhouette of a man's head in profile, facing left, and a handgun held in a hand, pointing towards the right.

«Richard Castle demuestra ser tan hábil escribiendo novelas policíacas como resolviendo crímenes. Heat está a la altura de las circunstancias».
DENNIS LEHANE, autor de grandes éxitos

AUMENTA EL CALOR

El insólito asesinato de un sacerdote en un club sadomasoquista neoyorquino abre el caso más apasionante y peligroso de Nikki Heat hasta el momento, en el que tendrá que hacer frente al narcotraficante más corrupto de Nueva York, a un arrogante asesor externo de la CIA y a un misterioso escuadrón de la muerte decidido a acabar con ella a tiros. Y eso es sólo la punta de un iceberg que destapa una siniestra conspiración que salpica a las más altas esferas de la policía de Nueva York.

Pero en el momento en que se acerca demasiado a la verdad, Nikki es desprestigiada, despojada de su placa y abandonada a su suerte como blanco perfecto de unos asesinos, sin nadie en quien confiar. Salvo quizá en el único hombre de su vida que no es policía: el periodista Jameson Rook. En pleno invierno neoyorquino, el más frío de los últimos cien años, hay algo que Nikki está decidida a demostrar: que aumenta el calor.

Al capitán Roy Montgomery,
del Departamento de Policía de Nueva York,
que se empeñó en enseñarme
todo lo necesario sobre el valor y el carácter.

1

Lo curioso de Nueva York es que nunca sabes lo que te puedes encontrar detrás de una puerta. La detective de homicidios Nikki Heat reflexionaba sobre eso, como tantas otras veces, mientras aparcaba el Crown Victoria y observaba cómo las luces de un coche de policía y de una ambulancia lamían las fachadas de la calle 74 con Ámsterdam. Ella sabía, por ejemplo, que la sencilla puerta de la licorería conducía a una cueva artificial de color beis claro y terracota abarrotada de botellas que anidaban en las cavidades de las paredes recubiertas de piedras de río importadas de Francia, y que al otro lado de la calle, tras la puerta de lo que en su momento había sido un banco de la época de Roosevelt, había una escalera de caracol que bajaba hacia un montón de jaulas de bateo que se llenaban de aspirantes a las principales ligas de béisbol y de niños que celebraban sus cumpleaños las tardes de los fines de semana. Pero aquella madrugada, pasadas las cuatro, la puerta más anodina de todas, la de cristal translúcido sin otra particularidad que unos sencillos números negros sobre unas láminas adhesivas de metal dorado, de las que se compran en las ferreterías, la conduciría a uno de los interiores más insospechados de la silenciosa manzana.

Un agente apostado delante de la puerta pateaba el suelo para entrar en calor, enmarcado por la luz que emergía del escenario del crimen, procedente de un reflector de tamaño industrial que habían instalado para poder trabajar y que transformaba el lechoso cristal en el cegador portal

de *Encuentros en la tercera fase*. Nikki pudo ver su aliento a treinta metros de distancia.

Salió del coche y, aunque el aire le cortaba en las fosas nasales y hacía que los ojos se le llenaran de lágrimas, Nikki no se abrochó el abrigo para protegerse de él. En lugar de ello, lo separó con el dorso de la mano en un gesto rutinario para asegurarse un acceso rápido a la Sig Sauer que llevaba enfundada debajo. A continuación, incluso helada como estaba, la detective se detuvo para llevar a cabo su ritual: un paréntesis para honrar al fallecido con el que estaba a punto de encontrarse, ese instante breve, silencioso y privado que Nikki Heat vivía como un interludio ceremonial cuando llegaba a cualquier escenario de un crimen. Su propósito era simple: reafirmar el hecho de que, ya fuera víctima o verdugo, ante todo, el cadáver que la esperaba era un ser humano y merecía que lo respetaran y que le dedicaran una atención personalizada, en lugar de tratarlo como un número más de las estadísticas.

Nikki inspiró lentamente y el aire le recordó al de aquella noche de hacía una década. Una víspera de Acción de Gracias en la que ella había ido a casa durante las vacaciones de la universidad y su madre había sido brutalmente apuñalada hasta la muerte en el suelo de la cocina. Cerró los ojos para entregarse a «su momento».

—¿Algún problema, detective? —Fin del momento. Heat se volvió. Un taxi se había detenido y el pasajero le hablaba desde la ventanilla del asiento trasero. Reconoció tanto al cliente como al conductor, y sonrió.

—No, Randy, estoy bien. —Heat se acercó al taxi y le estrechó la mano al detective Randall Feller—. ¿Estás evitando meterte en líos?

—Espero que no —dijo mientras se reía de aquella forma que a Nikki tanto le recordaba a John Candy—. ¿Te acuerdas del Holandés? —le preguntó señalando con la cabeza al detective Van Meter, que iba sentado delante, en el asiento del conductor. Feller y Van Meter trabajaban de in-

cógnito en la Brigada de Taxis del Departamento de Policía de Nueva York, un cuerpo especial de lucha contra el crimen que formaba parte de Operaciones Especiales y cuyos miembros recorrían las calles de Nueva York en taxis amarillos acondicionados. Los policías de paisano de la Brigada de Taxis eran muy de la vieja escuela. Solían ser tíos duros que no se andaban con chorradas, hacían lo que les daba la gana e iban a donde les apetecía. Los machotes de los taxis callejeaban a su antojo para pillar a los delincuentes con las manos en la masa aunque, con el auge de la policía científica, últimamente habían sido relegados a patrullar las zonas donde proliferaban los asaltos, los robos y la delincuencia callejera.

El policía que iba al volante bajó la ventanilla y la saludó sin mediar palabra con un movimiento de cabeza, lo que hizo que Nikki se preguntara por qué Van Meter se había molestado en abrirla.

—Deja de comerle la oreja, Holandés —dijo el detective Feller, de nuevo con aquella risita de Candy—. Qué suerte que te hayan llamado en plena noche, Nikki Heat.

—Los hay que no tienen consideración. A quién se le ocurre dejarse asesinar a estas horas —añadió el Holandés. Heat no creía que el detective Van Meter se parase demasiado a reflexionar antes de ver un cadáver.

—Chicos, no es que no me guste estar aquí quieta a cuatro grados bajo cero, pero una víctima me espera.

—¿Dónde está tu acompañante? —preguntó Feller con considerable interés—. El escritor, ¿qué es de él?

Ya estaba Feller echando de nuevo el anzuelo, como siempre que sus caminos se cruzaban, para ver si Rook seguía aún en escena. Feller le había echado el ojo a Nikki hacía unos meses, la noche en que ésta había logrado escapar de un asesino a sueldo en el *loft* de Rook. Tras la pelea con el texano, él y el Holandés habían sido de los primeros policías que habían acudido en su ayuda. Y, desde entonces, Feller nunca perdía la oportunidad de fingir que

no sabía el nombre de Rook ni de tantear el terreno. Pero Heat hacía oídos sordos. No era ajena al interés que despertaba en los hombres, incluso le gustaba siempre y cuando no cruzaran la línea, pero Feller... En una comedia romántica, él formaría parte de la parte cómica más que de la romántica. Vaya, que sería más bien el hermano bromista que el objeto de deseo. El detective Feller era divertido y su compañía le agradaba, pero más para tomarse unas cervezas en el bar de los polis que para estar en el Sancerre a la luz de las velas. Hacía dos semanas lo había visto salir del baño de caballeros de Plug Uglies con un trozo de papel higiénico alrededor del cuello, mientras le preguntaba a todo el mundo si quería un babero para comer langosta.

—¿Qué es de su vida? —repitió Nikki—. Está de viaje por trabajo. Pero volverá a finales de esta semana —añadió para que captara la indirecta. Pero el detective percibió algo más en su voz.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Bueno —dijo Heat con demasiada brusquedad—. Muy bueno. Buenísimo —exageró como para convencerse a sí misma.

* * *

Lo que a Nikki le esperaba al otro lado de la puerta no era precisamente un santuario urbano consagrado a la enología lleno de botellas verdes artísticamente colocadas, ni el sonido metálico de un bate de aluminio seguido por el ruido sordo de una bola al chocar contra una reja acolchada. En su lugar, una asfixiante mezcla de incienso e intensos vapores de disolvente de limpieza salió a recibirla mientras bajaba un tramo de escaleras hacia el sótano. A su espalda, el detective Van Meter emitió un «Puaj» ahogado y, mientras Heat rodeaba el descansillo para bajar el último tramo, oyó cómo el Holandés y Feller se enfundaban los guantes.

—Como pille una enfermedad de transmisión sexual aquí abajo, no dejaré de interponer demandas hasta que sea dueño de esta puta ciudad.

Una vez en el sótano, llegaron a un sitio que sólo se podía denominar «recepción» siendo generosos. Las paredes de ladrillo pintadas de color carmesí, el mostrador de formica y las sillas de catálogo de Internet le recordaron al vestíbulo de un pequeño gimnasio privado, y no precisamente muy exclusivo. En la pared del fondo había cuatro puertas, todas abiertas. Tres de ellas daban paso a habitaciones oscuras, iluminadas únicamente por el haz de intensa luz procedente de los reflectores con pie que la policía científica había instalado para iluminar el vestíbulo durante la investigación. De la puerta del fondo, desde cuyo umbral el detective Raley observaba la actividad de brazos caídos, salía más luz, salpicada por las luces estroboscópicas. El policía vio a Nikki por el rabillo del ojo y fue hacia ella.

—Bienvenida a Lazos de Placer, detective Heat —dijo.

La deformación profesional hizo que Nikki comprobara las otras tres habitaciones antes de entrar en el escenario del crimen propiamente dicho. Sabía que Raley y los agentes que habían llegado antes ya lo habían hecho, pero aun así asomó la cabeza dentro de cada una de ellas para echar un vistazo rápido. Lo único que pudo distinguir en la oscuridad fueron las siluetas de objetos y muebles para *bondage* y el carácter temático de los cuartos. Respectivamente, un tocador victoriano, un cuarto para jugar a los animales y una sala de privación sensorial. Durante las horas posteriores, la policía científica las iluminaría para buscar pruebas forenses, pero por el momento la detective estaba satisfecha con aquella visión general. Heat sacó los guantes y se dirigió a la puerta del fondo, donde Feller y Van Meter esperaban educadamente detrás de Raley. Aquél era el caso de Nikki, era su territorio y un protocolo tácito decía que ella iba antes que ellos.

El cadáver estaba desnudo y atado por las muñecas y los tobillos a un armazón en forma de equis conocido como «cruz de San Andrés». La estructura estaba atornillada al suelo y al techo en medio de la habitación y el cuerpo del hombre estaba encorvado hacia delante, con las rodillas dobladas y las nalgas colgando sobre el linóleo. Al no disponer ya de la sujeción de los músculos, el peso de aquella mole, que Heat calculó que tendría casi ciento veinte kilos, hacía que se estiraran las ligaduras de las muñecas que estaban sujetas muy por encima de la cabeza y que los brazos dibujaran una tensa «Y».

El detective Feller empezó a cantar en voz baja el estribillo de la canción «YMCA» hasta que Nikki le dirigió una gélida mirada. Frustrado, se cruzó de brazos y miró a su compañero, que se encogió de hombros.

—¿Qué tenemos, Rales? —le preguntó Heat a su detective.

Raley consultó una única página de anotaciones.

—No demasiado, por ahora. Mira —dijo haciendo un barrido del cuarto con el brazo—: no hay ni ropa, ni documentos identificativos, ni nada. Las empleadas de la limpieza que vienen después de cerrar fueron las que lo encontraron. No hablan inglés, así que Ochoa está haciendo los honores en comisaría, tomándoles declaración. Sin embargo, para empezar sabemos que dicen que este sitio cierra sobre la una, a veces a las dos, y que es entonces cuando ellas vienen. Estaban haciendo su trabajo como siempre, creyendo que estaban solas, hasta que entraron aquí en la...

—En la cámara de tortura —dijo Nikki—. Las salas son temáticas. Ésta es la de tortura y humillación. He trabajado en anticipo —añadió interpretando su mirada.

—Y yo —dijo Raley.

—Yo más. —Heat arqueó una ceja y vio que el detective se ruborizaba—. Así que en el momento en que lo descu-

brieron no había nadie más aquí. ¿Vieron marcharse a alguien?

—Negativo.

—Hay una burbuja de una cámara de videovigilancia en el vestíbulo —dijo Van Meter.

Raley asintió.

—Ya estamos en ello. —A continuación se volvió hacia Nikki—. Hay un armario cerrado con llave en el despacho de la encargada donde, según los de la limpieza, esta guarda la grabadora.

—Despierta a la encargada —dijo Heat—. Pídele que traiga la llave, pero no le comentes nada del cadáver. Dile solamente que han intentado entrar. No quiero que haga ninguna llamada de camino aquí y me gustaría ver su reacción al verlo.

Cuando Raley se fue a hacer la llamada, Heat les preguntó al técnico de la policía científica y al fotógrafo si habían buscado ropa, una cartera o alguna identificación en el resto de las instalaciones. Sabía cuál sería la respuesta —se trataba de profesionales—, pero había que empezar por los cimientos. Si lo obvio se consideraba demasiado obvio, al final se pasaba por alto y hacía que quedaran lagunas en la investigación, fruto de empezar a dar por hechas algunas cosas y de dejar de hacer comprobaciones. Le confirmaron que no habían encontrado ropa ni identificación alguna, y tampoco ningún otro efecto personal durante el primer registro.

—¿Qué te parece si el holandés y yo peinamos las manzanas colindantes para ver si alguien estaba despierto y vio algo? —propuso el detective Feller.

Van Meter asintió.

—A estas horas no hay mucha gente en la calle, pero podemos preguntar en las cafeterías, a los basureros, a los de los camiones de reparto y esas cosas.

—Perfecto —dijo la detective Heat—. Gracias por la ayuda.

Feller le volvió a hacer ojitos.

—Por favor, Nikki. Por ti lo que haga falta. —Volvió a sacar el móvil y se arrodilló para poder ver la cara de la víctima y hacerle una foto—. No estaría de más ver si alguien lo reconoce.

—Buena idea —contestó Heat.

Cuando ya se iba, el detective Feller se detuvo.

—Oye, perdona si me he pasado con lo de los Village People. Era sólo para romper el hielo.

Por mucho que no soportara que le faltaran al respeto a una víctima, lo miró y vio que se sentía avergonzado. Como veterana detective del Departamento de Policía de Nueva York, sabía que se trataba simplemente de humor policial fuera de lugar y que no pretendía ser cruel.

—Está olvidado —dijo Heat.

Él sonrió, asintió y se fue.

* * *

Lauren Parry se arrodilló en el suelo al lado de la víctima y, mientras rellenaba cada una de las casillas de su informe, le fue recitando la información a Nikki.

—Vale, tenemos a un fulano de cuarenta y muchos, de unos ciento veinte o ciento treinta kilos. Claramente fumador —declaró la forense señalando las fosas nasales— y, sin duda, bebedor.

Nikki pensó que lo de los desconocidos siempre era complicado. Sin un nombre para tirar del hilo, te encontrabas cojo en la casilla de salida. Tendrían que perder un tiempo precioso durante la investigación simplemente para descubrir de quién se trataba.

—Hora aparente de fallecimiento... —Lauren Parry miró el termómetro y continuó—. Diez menos ocho minutos de la tarde.

—¿Hace tanto? ¿Estás segura? —La amiga de Heat levantó la vista de la carpeta sujetapapeles y se la quedó mirando—. Vale, ya veo que sí.

—Aparente, Nik. Le haré las pruebas rutinarias cuando lo llevemos a la calle 30, pero de momento puedes guiarte por esa hora.

—¿Causa de la muerte?

—Quieres saberlo todo, ¿eh? —dijo la forense dejando entrever un centelleo tras su cara de póquer. Luego se quedó pensativa y se giró para observar el cadáver—. La causa de la muerte podría ser asfixia.

—¿Por el collar?

—En principio, yo diría que sí. —Lauren se puso en pie y señaló la posición del collar que se clavaba en el cuello del hombre, cuya hebilla trasera estaba tan apretada que hacía que la carne sobresaliera por los bordes—. Desde luego es suficiente para obstruir la tráquea. Además, las venas rotas de los globos oculares son otra señal de asfixia.

—Rebobinemos. ¿Causa aparente y más probable de la muerte? —le preguntó Heat.

—Venga ya, Nikki, ya sabes que siempre te digo que la primera impresión es orientativa. —Luego Lauren Parry volvió a mirar el cadáver, valorando de nuevo la situación.

—¿Qué?

—Marquemos «asfixia» como causa aparente de la muerte hasta que le haga la autopsia.

Nikki conocía demasiado a Lauren como para presionarla en busca de alguna conjetura, al igual que su amiga la conocía demasiado a ella como para insistir en que hiciera alguna especulación.

—Vale —dijo, aun a sabiendas de que su amiga del Instituto Médico Forense le estaba dando vueltas a otra posibilidad.

Lauren abrió uno de los cajones de plástico de su equipo para coger más bastoncillos y continuó tomando muestras mientras Nikki se ponía a hacer lo que siempre hacía en

el escenario de un crimen. Entrelazó las manos a la espalda y empezó a recorrer lentamente la sala, agachándose e inclinándose de vez en cuando y observando el cadáver desde todos los ángulos. Aquello no era sólo un ritual, sino un procedimiento fundamental para vaciar su cabeza de posibles conclusiones o pronósticos. La idea era abrir la mente a las impresiones, dejar entrar cualquier cosa y, sobre todo, limitarse a percibir lo que estaba percibiendo.

La impresión que le daba la víctima era la de una persona físicamente inactiva. El voluminoso michelín que tenía alrededor de la cintura sugería que o bien pasaba sentado mucho tiempo o bien tenía un trabajo que no implicaba movimiento o fuerza como sucedía con el deporte, la construcción o cualquier labor manual. Como la mayoría de la gente, tenía la piel de la parte superior de los brazos más pálida en comparación con los antebrazos, pero el contraste no era demasiado llamativo: no tenía moreno de obrero. Lo cual revelaba que pasaba poco tiempo en el exterior y que, además, o llevaba casi siempre manga larga o no tenía ningún jardín que cuidar ni jugaba al golf en ningún club. Aunque el verano había quedado atrás hacía mucho, todavía tendría que tener restos de bronceado. Se acercó más para examinar sus manos, con cuidado de no respirar sobre ellas. Eran blancas y suaves, lo que corroboraba su conclusión sobre lo de la vida de interior. Tenía unas uñas pulcras, pero no se hacía la manicura como los hombres pudientes de mediana edad o los jóvenes urbanitas preocupados por su aspecto que estaban en mejor forma. Tenía poco pelo en la coronilla, como solía ser típico de los integrantes de la franja etaria que Lauren había determinado, y mechones de canas que se entremezclaban con el color apagado de su cabello, semejante al de las limaduras de hierro. Tenía las cejas exageradamente pobladas y descuidadas, como sucedía a veces con los solteros y los viudos, y la perilla canosa le daba aspecto de académico o de persona del mundo de las artes y las letras. Nikki volvió a obser-

var las yemas de sus dedos y se fijó en un matiz azulado que parecía pertenecer a la propia piel y no a ninguna sustancia tóxica como pintura al óleo o manchas de tinta.

Tenía cardenales, rojeces y quemaduras por todas partes, por delante, por detrás y por los lados. En el torso, en las piernas y en los brazos. Intentando seguir en su línea de mente abierta, la detective intentó no achacar las marcas a una velada sadomasoquista. Teniendo en cuenta dónde se encontraba, aquello era posible, hasta probable, pero no era nada seguro. No había cortes, pinchazos, agujeros de bala ni hemorragias evidentes que ella pudiera ver.

El resto de la habitación estaba impoluto, al menos para tratarse de una mazmorra de tortura. Era probable que el trabajo de aspirado y de recogida de huellas de la policía científica desvelara algunas pruebas forenses, pero a simple vista no había restos visibles, colillas ni cualquier otra pista como una caja de cerillas oportunamente abandonada en el suelo con el número de habitación de un asesino anotado, como sucedía en las antiguas películas del canal TCM.

Haciendo un esfuerzo para continuar con la mente abierta, Nikki se negó a concluir siquiera que hubiera un asesino en el sentido clásico de la palabra. ¿Sería un homicidio? Posiblemente. ¿O un asesinato? Igualmente probable. Había que dejar la puerta abierta a una muerte accidental fruto de una sesión de tortura consensuada que hubiera ido demasiado lejos, con la consiguiente huida del amo de la relación a consecuencia del pánico.

Heat estaba dibujando su propio mapa de la habitación, algo que siempre hacía como anexo personal al que la policía científica archivaba, cuando el detective Ochoa llegó de la entrevista al personal de la empresa de limpieza. Saludó a Nikki en un tono grave que se suavizó al posar la vista sobre la forense.

—Detective —dijo Lauren pasándose un poco de formal.

—Doctora —respondió él, igualmente reservado. Luego Nikki pilló a Lauren sacándose algo del bolsillo lateral del traje y deslizándoselo en la mano—. Muy bien, gracias —dijo el detective Ochoa sin mirarlo siquiera y cruzó la habitación, donde les volvió la espalda y se ajustó el reloj a la muñeca. Nikki pudo imaginarse dónde se encontraba Ochoa cuando la llamada para informarle de lo del cadáver lo despertó.

El hecho de ver cómo esos dos interpretaban aquella farsa de ausencia de intimidación hizo que sintiera una punzada. Levantó el bolígrafo del plano y se quedó parada mientras recordaba cómo no hacía mucho ella y Rook habían conspirado igual que ellos para disimular su aventura y tampoco habían conseguido engañar a nadie. Había sido en verano, durante la ola de calor, cuando él acompañaba como periodista a la brigada de homicidios de Nikki para documentarse, principalmente sobre ella, para una crónica especial que estaba escribiendo para *First Press*. Salir en la portada de una reputada revista de tirada nacional tuvo tanto su lado bueno como malo para la discreta Heat. El disgusto y las desafortunadas complicaciones de sus quince minutos de gloria vinieron acompañados por unos momentos inusitadamente tórridos con Jameson Rook. Y ahora, por una especie de relación. Bueno, pensaba —algo que había estado haciendo mucho en los últimos tiempos— que no era tanto una relación como un... ¿qué?

Cuando el ardor de su romance aumentó y alcanzó una intensidad aún mayor, sucedió algo más, fruto del paso del tiempo y del roce: se convirtió en algo más profundo, y Nikki empezó a tener la sensación de que aquella era una verdadera relación que se dirigía a buen puerto. Sin embargo, en lugar de eso acabó precipitándose desde una montaña a un precipicio, quedándose suspendida a medio camino.

Hacía cuatro semanas que se había ido. Un mes sin Rook en el que éste había estado inmerso en una investiga-